EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

¡UNA LÁGRIMA!

BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITO POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.--40.—2.°
1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. OBRAS
N.º de la procedencia
5068

¡UNA LÁGRIMA!

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Tercera edicion.)
La agonía. (Tercera edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural. (Segunda edicion.)
La cosecha. (Segunda edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido. (Segunda edicion.)
Oros, copas, espadas y bastos. (Cuarta edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (Música de Oudrid.)
As en puerta. (Música de Oudrid.)
La perla negra. (Música de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
La conquista de Madrid. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
Cadenas de oro (Música de Arrieta.) (4).
Una revancha. (Música de Campo.)
La ínsula Barataria. (Música de Arrieta.)
Punto y aparte. (Música de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (Música de Rogel.) (Segunda edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M.ª de Rogel.)
La varita de virtudes. (Música de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (Música de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (Música de Marqués.)
Justos por pecadores. (Música de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (Música de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (Música de Caballero.)
El conde y el condenado. (Música de Rogel é Inzenga) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (3.ª ed.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapies. (M. de Barbieri)

OBRAS NO DRAMATICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.
(5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

¡UNA LÁGRIMA!

BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITO POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

(SOBRE UN PENSAMIENTO DE OCTAVE FEUILLET.)

Estrenado en el Teatro del CIRCO de Madrid el **31** de Diciembre de **1874**.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA DE RIOS.....	Doña Elisa Boldun.
LUIS DE URQUIZA.....	Don Rafael Calvo.
EL CONDE.....	Don Ricardo Calvo.
JUAN.....	»

La escena en nuestros dias, en una casa de campo á las inmediaciones de Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ACTO ÚNICO.

Sala de verano.—Puertas y ventanas que dan al jardin.—Jarrones con flores.—Pajarera de lujo.—Piano.—Á la izquierda un velador lleno de álbums y periódicos.—Á la derecha un bastidor con un bordado de tapicería casi concluido.—Sobre el velador tintero elegante, papel y plumas.

ESCENA PRIMERA.

URQUIZA, JUAN.

JUAN. Sírvase usted esperar.
URQ. Está bien.
JUAN. ¿Á quién anuncio?
URQ. Diga usted que quiere verle
un... nadie, un amigo suyo!
JUAN. El caso es que el señor Conde
pidió su escopeta... y dudo...
á estas horas no acostumbra
á recibir.
URQ. Yo interrumpo
por breves momentos solo
su ocupacion!...
JUAN. Voy al punto.
(Váse por la izquierda.)

722671

ESCENA II.

URQUIZA

¡Era un muchacho excelente
cuando estudiábamos juntos!
¡Buen corazon, genio franco!
¿Mas qué habrá hecho de él el nudo
matrimonial?—Dios lo sabe!
Un pícaro ó un cartujo!
Diez años de suegra, ¡diantre!
y de qué suegra! Horror! Uno
de esos seres impecables,
rígidos, crueles, adustos,
que en vez de hacernos simpática
su virtud, nos dan impulsos,
con tal de no parecernos
á ellos, de hacernos tunos.
Y sin contar su mujer;
otra que tal de seguro!
¡Hay para cambiar á un hombre
de genio, de alma y de gustos!
En fin, veremos!

CONDE. (Dentro.) No dice
su nombre? Algun importuno...

URQ. El cazador contrariado
en sus planes; mal augurio!

ESCENA III.

URQUIZA, el CONDE, en traje de caza, por la izquierda.

URQ. Enrique, un abrazo!...

CONDE. (Aterrado al conocerle.) ¡Cómo!
Urquiza! Luis! tú!...

URQ ¿Te asusto?

CONDE. Tú aquí, desdichado? Vete!...
Si saben que estamos juntos!...

URQ. Amigo mio, agradezco
esa cara de difunto
y ese terror que te embarga.

Temía, te lo aseguro,
algo de eso, mas no tanto.
Venga esa mano!...

CONDE. (Dándosela.) (Yo sudo!)

URQ. ¿No hay en tu alma ni un átomo
del afecto noble y puro
que me tenías? No guardas
en ese pecho ninguno
de aquellos gratos recuerdos
de la juventud?

CONDE. Te juro
que soy el mismo de siempre.
Pero á mi pesar te anuncio
que me comprometes. ¡Claro!
¡Tú en este santo tugurio!
Tú en mi casa, donde siempre
se pronuncia el nombre tuyo
con un legítimo espanto
y un horror...

URQ. (Sonriéndose.) Terrible!

CONDE. (Con gravedad.) Y justo!
Verte aquí!... Llevar tu audacia...

URQ. Pobre Enrique!..

CONDE. Me confundo!
Vamos, dí pronto qué buscas!
Si tienes algun apuro...
yo!...

URQ. Permites que me siente?

CONDE. Perdona, estoy tan convulso...
tan nervioso, que... en fin, habla!
por ahora estamos seguros!
Mi esposa está en el jardin,
en su invernadero, y dudo
que venga ántes de media hora.
Tu vista me ha dado un susto,
así, de pronto, que... siéntate,
y cree que aunque en el mundo
piense de tí lo que piensa
mi mujer, en este oscuro
(Señalándose el pecho.)
rincon, mi alma te guarda
el afecto que te tuvo. (Se sientan.)

Diantre de Luis! Y estás jóven!
(Dándole una palmada.)
Ya has cumplido nueve lustros
como yo, cuarenta y cinco
años, como dice el vulgo,
y representas diez ménos
que yo. Sí tal! Te das untos?
Tú no envejeces!

URQ. Qué quieres?
No me incliné al santo yugo,
no he sido nunca juicioso;
amo, bebo, juego, fumo,
llevo una vida de perros...
y eso le conserva á uno!...

CONDE. Diablo de Urquiza! Tú siempre
tan calavera!... ¿Por último,
qué buscas aquí?

URQ. Ante todo,
tu suegra dejó este mundo?

CONDE. Sí, amigo mio!... (Con alegría.) Es decir...
Sí, amigo mio!... (Con gravedad.)

URQ. (Limpiándole los ojos con su pañuelo.)
Te enjugo
los ojos!... ¿No hay más parientes
de tu mujer?...

CONDE. Oh! ninguno!

URQ No tienes hijos?

CONDE. No, y no es
culpa mia; te aseguro...

URQ. Quisieras tenerlos?

CONDE. Claro.

URQ. Tu esposa tambien?

CONDE. Presumo...
Las mujeres siempre quieren
tener un retoño suyo...
mas cuando el cielo no ayuda,
ni rezos .. ni baños rusos...
Pero este interrogatorio
me parece un subterfugio!
Tú no vendrás de Madrid
sólo por tener el gusto
de saber si yo soy padre;

dejemos el disimulo
y hablemos á cartas vistas!

URQ. Ese es mi deseo único.
Puesto que tu esposa y tú
sufrís el triste disgusto
de no tener hijos, yo
vengo hoy á ofreceros uno!

CONDE. Qué?

URQ. Una niña encantadora;
un ángel precioso y puro,
que haría de vuestra casa
un eden!

CONDE. ¡Siempre tan chusco!
¿Qué broma es esa?

URQ. No es broma¡
y en prueba de ello, oye!

CONDE. Escucho!

URQ. Permite que te recuerde
ántes, no seré difuso,
una tristísima historia
y un mal paso...

CONDE. Si es el tuyo
lo sé de memoria!..

URQ. Importa
recordártele!

CONDE. Á tu gusto.

URQ. Tu suegra, que en paz descanse...

CONDE. Amen!

URQ. Há veinte años justos,
vivía con una hermana...

CONDE. Preciosa!... no te interrumpo.

URQ. Mucho más jóven, á quien,
por ser su padre difunto,
servía de madre.

CONDE. No,
de madrastra!—Era un conjunto
mi suegra de cualidades
divinas!... rezaba mucho!
era una santa!...

URQ. (Con ironía.) Quería
tanto á su hermana, que tuvo
el placer de malcasarla

con el baron del Sauco,
á los quince años; su esposo
era viejo avaro.

CONDE. Y bruto!
te lo concedo.

URQ. Enriqueta,
no por eso la disculpo,
al verse tan desgraciada,
quiso lanzarse al gran mundo,
aturdirse, ser la reina
de la moda por su lujo!
La ví y la amé. Al poco tiempo,
viendo que no estaba oculto
nuestro secreto, y en alas
de un desesperado impulso,
huimos ambos de España,
dejando en ella, era justo,
y en su familia, un recuerdo...

CONDE. Escandaloso...

URQ. Profundo.
Pasada la embriaguez
de un amor que la condujo
á la deshonra, Enriqueta,
sufriendo el dolor agudo
de su falta, y mereciendo
la reprobacion del mundo,
buscó la paz y el consuelo
con el amor de los suyos.
Escribió cien y cien cartas
á la que fué su verdugo,
su hermana, despues tu suegra.
Buscó su último recurso
en su sobrina, hoy tu esposa.
Lloró, suplicó, y estuvo
esperando por dos años
en un retiro absoluto,
para morir perdonada,
un caritativo impulso
de su familia, una frase
de perdon, y no la obtuvo!

CONDE. No era fácil!

URQ. La infeliz

sufrir más tiempo no pudo
castigo tan cruel, y al cabo
logró un perdon más seguro,
espirando con el nombre
de Dios en su aliento último.
¡Qué tres años de amarguras!
¡qué pesares tan profundos!
¡qué horribles remordimientos!
¡Ay Enrique!

CONDE. Pues te juro
que yo me hubiera enmendado
para siempre de ese flujo
galante y conquistador
que á Dios concederte plugo!

URQ. Qué quieres, Enrique? El hombre
corregir suele á menudo
alguna de sus virtudes,
mas sus defectos, ninguno!
Al borde de aquella tumba,
que el crímen siempre es fecundo,
quedó arrodillado un ángel,
una niña, triste fruto
y eterno padron de infamia
para su madre en el mundo!

CONDE. Lo sé!

URQ. Mientras fué una niña,
sin inconveniente alguno
la tuve siempre á mi lado,
siendo mi encanto y mi orgullo:
despues entró en un colegio
donde por decoro mútuo
vive aún.

CONDE. Y qué edad tiene?

URQ. Cumple quince años por junio;
ya es tiempo de que yo piense
en su porvenir.

CONDE. Es justo!

URQ. Volverla á mi casa, cuando
legalmente el nombre suyo
no es el mio, es recordar
con cinismo inoportuno
su situacion delicada;

es alejar de seguro,
los pretendientes, al ménos
los más dignos, pues ninguno
vendrá á buscar una esposa
entre mis desiertos muros.
¡Pobre niña!

CONDE. Hijo! qué quieres?
ese es el triste producto
de esas pasiones volcánicas.
Nosotros, hombres oscuros,
que llevamos nuestra vida
por legal y estrecho surco,
tenemos pocos placeres,
algunas veces, ninguno,
pero gozamos de calma.
Tú has escogido otro rumbo,
has hecho el don Juan Tenorio,
te habrás divertido mucho,
pero... al fin y al cabo, qué?
Huye el placer como el humo,
y cuando liquidas, queda
en tu alma el infortunio!

URQ. Tienes razon y ahora ya
comprenderás lo que sufro.
En mi ansiedad, he pensado
en vosotros...

CONDE. Dificulto...

URQ. Viviendo tu suegra hubiera
sido mi plan un absurdo.
Ella sería implacable!
Mas tu esposa y tú no dudo
que sereis más generosos!
Enmendad el fallo injusto
de la suerte, y recoged
en vuestro hogar casto y puro
á esa desdíchada niña
que está tan sola en el mundo.
Es vuestra prima... es hermosa!...
ya vereis... la querreis mucho.
Guardadla hasta que un esposo
la dé un porvenir seguro!...
Toda mi fortuna es suya!...

Vamos, Enrique, un impulso
del corazon!... y mi vida,
mi fe!... mi aliento son tuyos!

CONDE. Con que, ¡á eso has venido?

URQ. Á eso!

CONDE. He tenido mucho gusto (Levantándose.)
en verte, pero es dificil
que arreglemos ese asunto.

URQ. Te niegas?

CONDE. Por mí desde ahora
te diría, tráela al punto,
pero no querrás que imponga
por fuerza á mi esposa el fruto
de tus locos devaneos
con su tia!...

URQ. Ya difunto
el baron, muerta su madre...

CONDE. Obligarla fuera injusto...

URQ. Pero y si ella lo aceptára
con placer?

CONDE. No seas iluso.
Una mujer educada
en el más austero culto
de la virtud, escuchando
siempre el lenguaje iracundo
de su madre, contra todos
los que sufren el influjo
del amor; contra su hermana,
contra tí, en quien mira juntos
los pecados capitales...
¡los siete!... iría con gusto
á admitirte aquí? Convéncete
de que tu plan es absurdo!

URQ. Lo sería, si tu esposa
en detalles ó en conjunto,
fuera como tú la juzgas.

CONDE. Yo la conozco y me fundo ..

URQ. ¿Conoces tú á tu mujer?

CONDE. Hombre! (Muy sorprendido.)

URQ. (Con seguridad.) Yo te lo pregunto!
Son muy pocos los maridos
que entienden de esos dibujos!

Todos creen que sus mujeres
tienen el alma de estuco,
y son frias, insensibles.
¿Crees que la tuya, y la juzgo
mejor que tú, no ha guardado
de su pecho en lo profundo
un compasivo recuerdo,
y un interés, aunque oculto,
hácia aquella desgraciada
que entre sus brazos la tuvo
tantas veces?

CONDE. No hay tal cosa,
y yerras punto por punto.
Ustedes los calaveras
creen que no hay por el mundo
más que mujeres románticas
y de entendimiento obtuso,
impresionables, nerviosas
y casadas con estultos.
Pues no señor, hay tambien
señoras de mucho pulso
y mujeres muy honradas
que no tienen esos gustos.

URQ. Todas las mujeres tienen
corazon... cuando sabe uno...

CONDE. La mia no...

URQ. Pues la tuya
tambien!...

CONDE. Basta! no disputo!
Voy á anunciarte.—Verás
á mi mujer.—Ponte mústio.
Habla á su imaginacion.
Si ántes de cinco minutos
te regala por respuesta
un sofion de los más bruscos,
me lavo como Pilatos
las manos y te saludo!

URQ. Pero es que tú no comprendes
que este deseo importuno
me está desgarrando el alma?
¿No adivinas lo que sufro (Conmovido.)
al ofrecer á un extraño

mi hija, mi eden. mi amor único,
por ver que soy un obstáculo
á su bienestar futuro?
Si á través de mis palabras
ves el afan con que lucho,
¿no comprendes esta pena
que en balde ocultar procuro?

CONDE. Sí... pero... ¡y qué quieres que haga?
¿Cómo abordo yo el asunto?

URQ. Habla á tu mujer; prepárala.

CONDE. Sí; ¿pero cómo la anuncio
que estás aquí?...

URQ. ¡Por tu madre!

CONDE. Voy á intentar... ¡No aseguro
nada!...

URQ. Gracias! (Dándole la mano.)

CONDE. (Pues señor...
el negocio!...) Voy al punto!
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

URQUIZA.

No va el pobre muy propicio.
teme que su cara esposa...
¡Oh Dios! por verla dichosa
acepta mi sacrificio!

ESCENA V.

URQUIZA, el CONDE, por el foro rápidamente.

CONDE. Chico!...

URQ. Ya vuelves?

CONDE. No es eso.
Como no ha de recibirte,
de nada puede servirte
la amistad que te profeso.

URQ. Ah!

CONDE. Espera.—Lo principal
para hablar con mi mujer

es que tú la puedas ver
de una manera casual.
Si ella sabe que eres tú,
vamos, ten por cosa cierta,
Luis, que te cierra la puerta
y nos lleva Belcebú.
No es que servirte rehuyo,
es que temo una querella.
Es preciso que oiga ella
un nombre que no sea el tuyo.

URQ. Cómo?

CONDE. Me ha ocurrido al pronto
la idea y es excelente.

URQ. Tal ficcion no es conveniente
ni oportuna...

CONDE. No seas tonto.
Mi mujer no te ha tratado,
ni te conoce de vista.
Yo preparo la entrevista,
y una vez tú aquí instalado,
pon en juego tu talento,
obra con tino y con calma,
y si conmueves su alma,
descubres tu fingimiento.

URQ. Pesada juego la broma!

CONDE. Yo le digo que eres... Rada,
nuestro antiguo camarada
que está de cónsul en Roma.
No le conoce tampoco;
tú inventas cualquier historia,
dila que estás en la gloria,
que te has muerto.

URQ. Tú estás loco.

CONDE. Y que eres tú el encargado,
por tu moribundo amigo,
de buscar amor y abrigo
á esa niña que ha dejado.
Tal vez la conocerás;
emplea recursos buenos,
y ¡qué demonio! á lo ménos
de ese modo la hablarás!

URQ. En vano tu voz me asedia,

y mal emplear me sabe
en un asunto tan grave
un recurso de comedia.
Estás tú cierto ademas
de que ella no me conoce?

CONDE. Como seis y seis son doce;
si no te ha visto jamás!
Á raíz de tu aventura
tú de España te alejaste;
yo estaba, cuando tornaste,
con ella en Extremadura.
Los pocos meses de invierno
que ambos en Madrid pasamos,
sólo en coche paseamos
en un *tête-à-tête* eterno!
Lo demas del año aquí,
á seis leguas de la córte;
créeme á mí, no te importe
tal reparo y hazlo así!

URQ. Yo desde que era muy niña
no la he vuelto á ver; con todo,
¿crees tú que ella á su modo,
la mujer siempre escudriña,
no habrá hecho por conocer
de su tia al seductor,
y al que tuvo tanto horror
su madre?

CONDE. No puede ser!
¿Con qué objeto iba mi esposa?...
¡Teneis una vanidad!

URQ. Sólo por curiosidad;
la mujer es tan curiosa,
que de esas debilidades
su desventura proviene.

CONDE. ¡Es que mi mujer no tiene
nunca esas curiosidades!

URQ. Hombre!...

CONDE. Nunca!

URQ. Puede ser...

CONDE. ¡El hombre siempre es injusto
y mal pensado!

URQ. Á tu gusto!...

CONDE. Cuando digo... ¡Mi mujer!
(Aparece la Condesa por el foro y examina desde léjos al Conde y Urquiza.)

URQ. (Ap. al Conde.)
(Ah! con ese cuento voy
á embrollarme y temo...

CONDE. Nada!
Toma mi consejo, Rada!
cónsul en Roma!...

URQ. Ya estoy!)

ESCENA VI.

EL CONDE, URQUIZA, la CONDESA, con flores que deja en los jarrones.

COND. Ah! Ustedes dispensen... (Saludando.)

URQ (Vamos!
es bonita!—Eso ya es bueno!)

CONDE. Amalia mia, este amígo
ha llegado hace un momento
y ya íbamos á avisarte.
Te presento á un compañero
de Universidad: Juan Rada;
hace años que no nos vemos;
está de cónsul en Roma;
viene á ofrecer al gobierno
su dimision.—Ah! parece
que trae un asunto serio
de que hablarte; yo he querido
saber, pero es un secreto
segun me ha dicho.—Dispensa,
amigo Juan, si te dejo;
pero he prometido al juez
acompañarle á un ojeo
en mi dehesa y me espera.
No tardaré mucho tiempo;
está cerca y voy en coche.
Querida mia, hasta luégo;
sé galante con mi esposa...

COND. (Á Urquiza.) ¿Permite usted, caballero,
que le diga dos palabras

á mi marido?

URQ. (¡Este enredo!...)

COND. (Ap. al Conde con gravedad.)
(¿Por qué dices que es Juan Rada,
siendo Luis de Urquiza?

CONDE. (Retrocediendo.) ¡Cielos!
le conocías?

COND. Parece!...
Vamos... qué significa esto?

CONDE. Hija!... es toda una aventura. (Aturdido.)
Él te dirá... yo no puedo
detenerme!... ya verás!
el caso es raro en extremo...
yo no tengo que ver nada...
tú te impacientas, lo veo...)
Con que... (Sálvese el que pueda!)
Adios, chico! (Ahí queda eso!)
(Váse por el foro con rapidez. La Condesa alza los ojos al cielo, se encoge de hombros y baja al proscenio.)

ESCENA VII.

LA CONDESA, URQUIZA.

COND. Señor... de Rada!...

URQ. Señora...

COND. Tome usté asiento si gusta. (Sentándose.)

URQ. Gracias. (Se sienta.)

COND. Si á usted no le asusta
ver bordar, en una hora
mi trabajo á acabar voy.

URQ. Oh!... (Inclinándose.)

COND. Mi disculpa será
que es para una iglesia...

URQ. Ya!

COND. Y debo entregarla hoy!

URQ. (Por este enredo maldito
no sé ni cómo empezar!)
Señora, en primer lugar
su indulgencia necesito,
pues quiere mi opaca estrella
que llegue en mala ocasion

á cumplir una mision
bastante triste... (¡Es muy bella!)
Para cumplirla fielmente,
voy á verme precisado
á evocar hoy, mal mi grado,
un recuerdo inconveniente,
y á disgustarla quizá,
pronunciando un nombre que
debe impresionar á usté:
El de Luis de Urquiza!

COND. Ah!

URQ. Sin tratarle íntimamente
hace años le conocía.
En paseo le veía...
le hablaba...

COND. ¡Naturalmente!

URQ. Pero esa amistad trivial
ha venido á reanudarse,
ó mejor dicho, á intimarse
en un momento fatal.
Para arreglar intereses
y dar á un negocio fin,
Urquiza llegó á Turin...
á Roma, hace cuatro meses.
Yo le dí hospitalidad,
nuestro afecto se estrechó,
cuando de pronto, cayó
enfermo de gravedad.
¿Quién en tal lance no toma
interés... busca remedios?...
yo empleé todos los medios
que Turin ofrece...

COND. (Con frialdad.) Roma!

URQ. Sí, Roma! Las dos ciudades
son italianas, y estoy
ya en una, ya en otra... (¡Voy
á decir más necedades!)
En fin, para terminar,
siguió de aquel mal el curso,
y no encontrando recurso
que le pudiera aliviar,
aunque le asistimos bien

y aunque nada le faltó...
el pobre Urquiza... murió!...

COND. Requiescat in pace amen!

URQ. Si oyera desde la fosa
la oracion que usted le envía,
muy mal rato pasaría! ..

COND. La pérdida no es gran cosa!

URQ. Cierto!... las hay más notables,
pero aunque el mundo severo
no pronuncia de ligero
sus fallos inapelables,
habría algo que decir
en pró de su historia triste!
Ademas, si él ya no existe,
qué más quiere usté exigir?
¿Pudo hacer más que luchar?
Cuando su vida se trunca,
qué le pide usted?

COND. Que nunca
se atreva á resucitar!

URQ. Qué? (Sorprendido.)

COND. ¿Cuál es la comision?
En sus últimos momentos,
á qué *nobles* sentimientos
se entregó su corazon?

URQ. Dejaba en el mundo un ser
que era su aliento y su vida,
la única sombra querida
de sus recuerdos de ayer;
una hija sola y bella
que con ajeno apellido
junto á una tumba ha nacido.
¡Si será triste su estrella!
Ese ser desventurado
es el que Urquiza desea
que usted ampare, y que sea
casi feliz á su lado.

COND. Pero si esa señorita
es por su difunto padre
rica, y rica por su madre,
para qué me necesita?

URQ. Busca el honrado sosten

de una virtud con talento.

COND. Gracias. ¿No está en un convento?...

URQ. Sí señora!

COND. Allí está bíen!

URQ. Cierto! mas fuera crueldad
hacerla, sin vocacion,
entrar en la religion,
de quince años.—¿No es verdad?
No viviendo allí, es forzoso
que álguien proteja su vida,
hasta que su mano pida
el que anhele ser su esposo,
y usted su única parienta,
puede cubrir con un manto
de honradez el triste llanto
de su orfandad y su afrenta.
Y tanto en usted fiaba
Urquiza, que á haber vivido,
él mismo hubiera venido
á implorar lo que esperaba,
en la firme conviccion
de que mujer que atesora
las prendas de usted, señora,
tiene hermoso el corazon! (Pausa corta.)

COND. Y hubiera pensado mal
exponiendo de seguro,
su intento hoy honrado y puro
á una repulsa formal.
Dicen que á pesar de ser
un conjunto de maldades
y perversas cualidades,
tuvo ingenio...

URQ. (Con ironía.) Ya es tener!

COND. Y habiendo él adivinado,
por lo mucho que me cuesta
lo crüel de mi respuesta,
nunca la hubiera buscado.

URQ. Yo entrego á usted sin dolor (Levantándose.)
la maladada memoria
de ese amigo que esté en gloria
á su perpétuo rencor;
pero aunque esté en los infiernos

y usté á su deber se ciña...
¿qué culpa tiene esa niña
de los errores paternos? (Pausa corta.)
Si es ocupacion cristiana (Levantándose.)
trabajar con tal primor
para el templo *del Señor*
por quien tanto usted se afana,
más cristiana es en verdad
la caridad que la pido,
que amparar al desvalido
es acto de caridad!

COND. Usted es hombre de mundo... (Levantándose.)
¿qué puede el mundo pensar
al verme patrocinar
con descaro sin segundo
una falta, un deshonor
que hay en la familia mia,
y que cubre todavía
mi semblante de rubor?
Hay faltas, señor de Rada,
que nunca se legitiman,
y en ellas, los que se estiman,
no podemos hacer nada.

URQ. Señora... en la plenitud
del bien que el alma desea,
yo me he formado una idea
distinta de la virtud!
Y mientras de fe no mude,
creo que puede halagarla
mi manera de juzgarla...

COND. Permita usted que lo dude! (Maliciosamente.)

URQ. Creia yo, francamente,
que la virtud verdadera
era más sublime y era
á la vez más indulgente.
Que desde el excelso trono
donde recibe loores,
lanzaba á los pecadores
miradas libres de encono;
y que dulce y cariñosa,
por la paz que Dios la envía,
hasta al perverso tendía

una mano generosa
Yo creía en mi ilusion
que dócil al sentimiento,
no cifraba el cumplimiento
de su elevada mision
en ir á misa, rezar,
poner á Dios por testigo,
dar dos cuartos á un mendigo
y bordar paños de altar.
Esos fáciles deberes
que no merman la opulencia,
y entretienen la existencia
aislada de las mujeres,
que se concilian tan bien
con el lujo y la elegancia,
y que hasta dan importancia
á las señoras tambien.
Esa virtud tan graciosa
bordando un alba ó un terno,
á los ojos del Eterno
debe ser muy poca cosa.
Yo creí que la virtud,
como hija santa de Dios,
iba del dolor en pos
dando al alma la salud.
Si en su tránsito fecundo,
donde hay tanto mal de sobra,
hallaba una buena obra,
de esas que critica el mundo,
sin fijarse en la opinion,
tranquila con su conciencia,
consagraba su existencia
á tan santa obligacion,
y siendo amparo y sosten
de los tristes, por igual,
libraba al alma del mal
y enseñaba al hombre el bien.
Toda indulgencia y amor;
siempre dulce... siempre esclava;
así á la virtud soñaba
este pobre pecador...
y ¡era la virtud tan bella

como la habia soñado...
que si yo me he equivocado,
tanto peor para ella!

COND. Señor de Rada... perdon!...
como en mí no hay pretensiones
de tan raras perfecciones,
no es para mí la leccion!
Pero creo tener juicio,
y al ver del mundo el estado,
yo no sé si me he formado
idea exacta del vicio...

URQ. (Sonriendo galantemente.)
Es difícil á fe mia...

COND. Tal vez por estar alerta
contra él, en mí no despierta
la más débil simpatía.
Yo sé muy bien que los hombres,
para poder disculparle,
ponen gran empeño en darle
los más poéticos nombres...
Arranques del corazon!...
fatalidad del destino!...
mal ejemplo! poco tino
en la amorosa eleccion!...
Encantadas ilusiones!...
ceguedad del sentimiento,
ó desencadenamiento
terrible de las pasiones.
Tras la tela seductora
con que el vicio se reviste,
sólo una verdad existe
prosáica y desgarradora,
que con pretestos distintos
ellas y ellos, sin luchar,
se van dejando arrastrar
á placer de sus instintos.
Para los vulgares séres
que en la paz cifran su eden,
como usted dice muy bien,
fáciles son los deberes.
Pero aunque sean muy bellos
porque Dios nos los envía,

yo creo que es todavía
más fácil faltar á ellos.
Sé que una mujer honrada
no debe ser implacable
con que la que ha sido culpable
y es despues desventurada:
aun queriendo ser virtuosa,
sé bien que es lucha muy séria
la virtud y la miseria
para salir victoriosa.
Mas si esa falta se explica,
qué sancion puede tener
la falta de una mujer,
noble y educada y rica?
Juzguemos con caridad
faltas en que hay sacrificio,
y tengamos para el vicio
eterna severidad:
sólo así la juventud,
al ver esa diferencia,
podrá elegir con conciencia
entre el vicio y la virtud!

URQ. Con talento y con razon
mi causa está sentenciada.
¿Mas no le queda á usted nada
oculto en el corazon?
En el fiel de la balanza
con que pesa su justicia,
no influyen ni una caricia,
ni un dolor, ni una esperanza?
Si es tan legal la sentencia,
y justa é inapelable,
¿cómo el crímen del culpable
va á expiarle la inocencia?
Si esa niña abandonada
queda sin honrado abrigo,
es justo darla un castigo
si no ha delinquido en nada?
Equivocarse es posible
en un asunto tan grave,
si Dios no nos da la clave
de su equidad infalible,

que aunque fuerte y soberana
en sus sentencias mejores,
comete muchos errores
la pobre justicia humana!

COND. ¿Por qué ese interés se toma
en una causa juzgada,
señor de Urquiza... de Rada!...
me equivoqué... Turin... Roma!

URQ. Ah! perdone usted, Condesa,
esta ficcion que no es mia;
yo á hablar con usted venía
cara á cara y no me pesa!

COND. ¿Fué invencion de mi marido?

URQ. ¿No es verdad que era mejor
que con mi propio dolor
me hubiera á usted dirigido?
Rendir á su honor la palma
implorando su clemencia,
y pintarla con vehemencia
los tormentos de mi alma,
¿no era el camino seguro
para poder conmover
el pecho de una mujer
más tierno, cuanto más puro?
A haberme así presentado,
hubiera usted comprendido
que cuando el hombre ha sufrido
aún puede ser perdonado,
y que el mayor homenaje
que yo pudiera rendir
á su virtud, es venir
en humilde vasallaje
á implorar bajo este techo
para esa niña olvidada,
un rincon en su morada (Conmovido.)
y otro rincon en su pecho!

COND. Urquiza, no soy de roca (Conmovida tambien.)
y su acento me conmueve;
pero usted mismo no debe
ajar la virtud que invoca.
Si, como usted me decía,
sóla estuviera en el mundo

esa niña. en un segundo,
yo misma me la traería.

URQ. Ah!

COND. Pero vive aún el hombre
que, si es su padre en conciencia,
aún dándola la existencia
no pudo darla su nombre.
Él nuestra casa ultrajó,
él nuestra desgracia ha sido,
y en mi sangre, en mi apellido,
un borron eterno hechó.
Será su dolor sin tasa,
grande, sincero, profundo,
pero ¿es natural que el mundo
le vea en mi propia casa?
Sea usted juez de los dos;
dicte el fallo desde ahora.

URQ. Tiene usted razon, señora!
Adios para siempre!

COND. (Disimulando su emocion.) Adios!
(Cuando Urquiza está cerca del foro, vuelve.)

URQ. Aunque represento el vicio
para usted, ¡oh! no me ofendo;
voy á probarla que entiendo
el valor del sacrificio!
Pues usted de ella se apiada,
y *sin mí* la ampararía,
y á su lado la tendría,
buena, dichosa y honrada,
yo á verla no volveré...
¡es tan buena y tan hermosa!...
sea con usted dichosa...
y contento moriré...
Ya es desde hoy para mí extraña,
yo mataré el amor mio,
é iré á morir, se lo fio,
muy lejos de ella... y de España.
Viva con ojos serenos
mientras me ahogue á mí el llanto,
pero... quiérala usted tanto...
que no me eche á mí de ménos!

COND. Con tan triste condicion,

mi hija es desde este momento;
yo iré á buscarla al convento...

URQ. Mañana?

COND. Sin dilacion!

URQ. Ya esta noche la veré...
la hablaré de mi partida...
de su nuevo plan de vida...
¡imposible!... ¡no podré!...
Me faltaría el valor,
me olvidaría quizás...
No!... si no he de verla más,
escribirla es lo mejor!
Pretexto un viaje urgente...
Su vista no me coarta!..
Usted la dará mi carta...

COND. Sí!

URQ. Dos líneas solamente!
(Se sienta y escribe, pero colocado en la mesa de modo que el público pueda ver su fisonomía, y la agitacion de su alma.)
«*Alma mia,*» ¡es hechicera!
Usted verá... «*mi consuelo!*»
Al ver sus ojos de cielo
no hay nadie que no la quiera!
«*Un imperioso deber*
»*de tí á alejarme me obliga.*
»*Una parienta... una amiga*
»*de la que te ha dado el ser,*
»*será durante la ausencia*
»*de tu desdichado padre,*
»*la que te sirva de madre:*
»*velará por tu inocencia;*
»*El santo amor que hay en mí*
(Conmoviéndose por grados, cada vez más.)
»*en tí depositará,*
»*y como yo te querrá...*
No es verdad, Condesa?...

COND. (Procurando dominar su emocion.) Sí!

URQ. »*Escribe de cuando en cuando*
»*á tu padre que te adora,*
»*y aunque no me veas...* (Limpiándose los ojos.)

COND. (Mirándole, conmovida.) (¡Llora!)

URQ. *»No me vayas olvidando!»*
¡Cuándo podremos los dos
abrazarnos todo un dia?
«Adios... adios... hija mia.»
Gracias señora, y adios!
(Se levanta, da la carta abierta á la Condesa, la aprieta la mano y llorando va á dirigirse al foro.)

COND. Diga lo que quiera el mundo,
(Con una explosion de sentimiento.)
usted cumple su deber!
Nada puede una mujer
ante un dolor tan profundo!...
No seré yo quien exija
que esa lágrima asomada (Con rapidez.)
caiga al suelo abandonada...
¡Tráigame usted á su hija!

URQ. Ah! perdon! dicha!... placer!...
(Fuera de sí arrodillándose.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el CONDE por el foro.

CONDE. Qué es esto? Pues no decías?... (Á la Condesa.)

URQ. ¿Ves como no conocías
el alma de tu mujer?
(Besando la mano que le ha tendido la Condesa. Ésta se limpia los ojos.—Telon rápido.)

FIN DEL BOCETO DRAMÁTICO.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

Á las cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
El que la sigue	1	Jacobo Sales	»
El que todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
Por dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
¡Una lágrima!	1	L. M. de Larra	»
Un marido soltero	1	Antonio Zamora	»
Á mí qué	2	Eduardo J. Cortés	»
El corazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
El Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
Los bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
Un mandamiento de la ley de Dios	2	Mariano Chacel	»
Carracuca	3	N. N.	»
El ángel del hogar	3	Ángel Torromé	»
El árbol sin raíces	3	Herranz y F. Bremon	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
El estómago	3	Enrique Gaspar	»
El sorteo	3	Luis Blanc	»
Jugar al escondite	3	Eusebio Blasco	»
La esposa del vengador	3	José Echegaray	»
La mayor venganza	3	F. Sanchez de Castro	»
La Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
La hiedra de la masía	4	Federico Soler	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.

ZARZUELAS.

Empleo desconocido	1	F. Reparaz	Música
El barberillo de Lavapies	3	L. Mariano de Larra	Libro.
El velo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
El maestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.
Los dos sargentos franceses	3	Emilio Alvarez	Libro.
Un paseite á la Habana	3	E. Gaspar	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.